

lo que los ángeles ven en ellas, si se entiende con piedad la frase. *Almoradú del Monte* no puede ser más bello que así:

Yo iba cantando... La luna, blanca y triste,
iba poniendo medrosa la colina.
Entonces tú, panadera, apareciste.
blanca de luna, de nardos y de harina.
Almoradú del monte, tú
estabas blanco de luna, almoradú.

—Di, tú, ¿qué buscas? —Estoy cogiendo luna
entre el almoradú de la colina.
Yo quiero ser más blanca que ninguna,
más que Rosío, que Estrella y que Francina.
Almoradú del monte, y tú
estabas blanco de luna, almoradú.

—Tú eres más blanca que el más bajo lucero,
más que el rosío, la estrella y que la harina.
Tus brazos blancos alumbran el sendero
blanco que va bajando la colina.
Almoradú del monte, tú
estabas blanco de luna, almoradú.

—Entonces tú, panadera, me prendiste
tus brazos blancos de estrellas y de harina.
Alboreaba... La luna rosa y triste
le iba dejando a la aurora la colina.
Almoradú del monte, y tú
estabas rosa de luna, almoradú.

Debemos ser parcos en exigir responsabilidad judicial al poeta o exorcizar sus palabras. En poesía no hay herejía. Como no hay impiedades y sí suavidad de amor—permitidme la añoranza—en el dulce beso de luz y belleza que ilumina un Viernes Santo el rostro de una Virgen Madre mientras el

